

le pidió que se sometiera á lo que había dispuesto quien mandaba como superior, y acabó por ser aplaudido y festejado... Dígame usted si no se necesitan pantalones para hacer eso...

Cuando empezaba apenas la comida se levantó un hombre alto, de tez rojiza, bien compuesto de miembros, de barba corrida, bigote y cejas finos, ojos vivos, pecho saliente y actitud alegre y comunicativa. Empezó á hablar y no dijo cosa que valiera la pena: lo que tantas veces había oído y lo que era presumible que dijera: patria, libertad, odio á los traidores, lucha hasta la muerte... La sintaxis andaba mal, cojeaba el lenguaje y la acentuación no era siempre correcta; pero en cambio, ¡qué brío en la entonación! ¡qué manera de decir tan conmovedora! ¡qué acción tan sobria, y sobre todo, qué voz tan bella!... A veces parecía un clarín de batalla; á veces semejaba un arrullo de paloma; á veces la risa mofadora de un sátiro escondido en el fondo de un bosque... Yo estaba impresionada y furiosa conmigo misma por mi emoción, pues conocía que cuanto hablaba el simpático muchacho no valía tres pitoches; sin embargo, seguía oyéndole con placer tan grande como el que sentiría escuchando al más florido orador.

Mi acompañante, limpiándose una lágrima que se le había escapado, satisfecho, me refirió:

— Es Salazar, el general Carlos Salazar, el más va-

liente y el más bragao de nuestros jefes... Este sí lo entiende; eso que acaba de decir lo sabe sostener, y lo que sabe hacer lo sabe contar después... Tiene todo el talento del mundo... ¡Lástima que sea tan díscolo!... Ahora está en la luna de miel con Arteaga; pero se han dado unas agarradas!... Tenía Salazar como secretario á un tinterillo pelado y mala sangre, llamado Blas José Gutiérrez Flores Alatorre. Don Blas engatusó á Salazar y le hizo desconocer á Arteaga; Salazar, á su vez, hablando á todos los jefes, consiguió que se rebelaran contra el general y le reconocieran á él... Con el fin de no tener que combatir contra hermanos, Salazar determinó marcharse á Jalisco, donde sabía que los franceses mandaban como amos y señores. Tras una marcha penosísima á través de sierras intrincadas y espantosas, llegó con sus fuerzas á Teocuitatlán, donde esperaba poder incorporarse con algún jefe que contara con elementos... Desde allí envió un mensajero á Guadarrama avisándole su llegada y pidiéndole le auxiliara en sus primeros pasos... No había ni que pensar en ello; Echegaray acababa de ser derrotado en Zapotlán y había disuelto su tropa dando á los soldados sus licencias absolutas: de camino nos topamos á innumerables *juanes* llevando sus permisos para retirarse, escritos en papelillos del tamaño de una canal de cigarro... Guadarrama, á su vez, acababa de reconocer al imperio y sus famosas caballerías llegaban dispuestas á hacernos peda-



zos... Emprendimos otra vez la retirada por la intrincadísima sierra del Favor, perdiendo gente por deserción, por cansancio y por enfermedad; atravesando tierras hostiles, sitios en que podíamos ser deshechos por una patrulla, desfiladeros á pico, montes en que nos perdíamos diez ó doce veces diariamente... Cuando llegábamos al pueblo de los Reyes, la gente estaba tan sucia, tan maltratada, tan sin alientos, que el general dispuso fuera á bañarse y á lavar sus ropas en el río que pasa por la orilla de la población. Fueron, en efecto, los soldados, y cuando más contentos estaban gozando del frescor del agua, oyeron la campana de la iglesia que tocaba repetidas veces; creyeron que era el toque de las doce; los que tenían puesto el sombrero se lo quitaron y los que no lo tenían se santiguaron devotamente... A poco se oyó el toque de generala, que no tardó en repetirse con apresuramiento... Los soldados dejaron el baño á toda prisa y corrieron al centro de la plaza tal como estaban, unos con la camisa ó el chaquetín mojados, otros con el chacó por todo indumento, los más completamente desnudos y seguidos por las viejas que conducían en los brazos el montón de las ropas... Apenas hubo tiempo de formarse rápidamente á la entrada de la calle del Olmo, colocando en suerte un cañoncito que formaba toda la artillería de nuestro ejército... Los soldados estaban atentos, con el arma al brazo, sin escrúpulo de mostrar al aire las

carnes morenas; el teniente Pineda, que estaba encargado de la piececita, tenía lista la piola para jalarla cuando fuera menester; los jefes reconocían sus tropas; nadie hablaba. Salazar le ordenó á Pineda:

— No tire hasta que yo se lo ordene... Tengan cuidado...

De repente aparecieron en el otro extremo de la calle los zuavos resueltos, triunfadores, con los bigotes encerrados, las *calottes* arriba de la frente, el ademán de desprecio, los fusiles en guardia y el paso marcial y bien señalado... ¿Qué pensaron al ver á aquel hato de hombres en cueros, con los ojos fuera de las órbitas, temblorosos en parte por la sorpresa y en parte por el frío del agua y que oprimían con las manos crispadas unos cuantos mosquetes viejos? No es fácil saberlo, pero sí es fácil figurarse lo que opinarían los nuestros si se sabe que un tal Domínguez, coronel de no malos servicios, al comparar los que venían con los que aguardaban, le dijo á Villada:

— Villadita, son franceses... Yo no le entro.

Y dió media vuelta.

Pero en aquel momento se oyó la voz de Salazar, esa voz que usted acaba de oír, aumentada en simpatía, en brío, en vigor por la impresión y por el peligro:

— ¡Sí, son franceses, pero no hay que correr!... ¡Adentro!... ¡A ellos!... ¡Adentro, hijos; valientes hijos de Michoacán, adentro!...



Todo el mundo se precipitó contra los que llegaban; los zuavos creyeron el triunfo fácil y se acercaron mucho; los nuestros dispararon, dispararon los franceses... En medio de aquel estrépito se oyó la voz de Salazar, pero extraña, adelgazada, metamorfoseada y prolongada:

— ¡Fuego, señó!...

Y salió el tiro del cañoncito llevándose una buena cantidad de franceses. Una nueva embestida y otra vez el grito de Salazar:

— ¡Fuegooo... señó!...

A la tercera vez no hubo quién obedeciera á Salazar, y su «¡Fuegooo... señó!...» quedó sin cumplimiento. Entonces el jefe se apoderó del estopín y descargó un tiro que abrió una inmensa brecha entre los enemigos. Al propio tiempo Villada, Méndez Olivares, Ocampo y Vargas acuchillaban tanto á los franceses como á los traidores. Cuando concluyó la acción recogimos muchos muertos, muchas condecoraciones de Magenta, Solferino y Montebello y provisiones, armas y dinero que buena falta nos hacían... Salazar, arrepentido de su conducta, dispuso someterse de nuevo á Arteaga, y le envió como primicias de su fidelidad el parte de aquella acción en que todo el mundo luchó con un brío y un ardor de que no había ejemplo, y que por sus resultados es quizás la más importante después de la del once de Abril.

Tocaba una orquesta de guitarras de Paracho, y

cuando menos lo esperábamos rompió con una melodía dulce, tristísima, dolorida como la puesta del sol en medio del bosque, tierna como el alma de la raza india, pausada y cadenciosa como la vida de los sojuzgados tarascos.

Al principio nadie paró atención en aquello. Luego, los que conocían el idioma de los *purépecha*, empezaron á fijarse en la letra de la canción, y al fin todo el mundo se sintió atraído por aquella música singular no menos que por las palabras que le servían á manera de médula. Era una elegía llorosa é impregnada de honda tristeza, á la pérdida de Puebla, la ciudad heroica que había quedado convertida en escombros. Allí se hablaba de Auza, de Díaz, de González Ortega, y sobre todo, de los michoacanos que gemían en el destierro, lejos de su hogar, solo y enlutado...

Los rostros adquirieron de súbito una formalidad que antes no habían tenido, las conversaciones cesaron, el vino quedó dentro de las copas... Los parachos repitieron dos y tres veces su dolorosa canción. Los guerrilleros más empedernidos lloraban de enternecimiento; nadie hacía caso de la comida; empezaban á contarse por lo bajo episodios del sitio de Puebla... En ese momento el gordo Arteaga, transfigurado el semblante, lleno de brío y de vigor, con la mirada alta, fija quizás en limbos superiores, se levantó de su asiento, dominó al concurso con



su mole y exclamó con voz ronca, dura y pausada:

— ¡Amigos, por la gloria del cadalso!...

Nadie aplaudió, nadie aprobó, nadie se atrevió á hacer comentarios: todos tenían conciencia de que acababa de pasar por allí un soplo de las alas misteriosas del destino... Entonces las gemidoras guitarras de Paracho acentuaron, glosaron, subrayaron aquella frase profética: hablaban de la ruina del fuerte de Ingenieros, de los soldados muertos en Pitiminí, de los héroes caídos en Santa Inés, de la noche horrible de la rendición... «¡Ellos murieron, decían, y quedamos nosotros para morir tras ellos!...» Y de aquella voz, de aquel brindis, de aquella actitud de los chinacos, salía el grito no de venganza, sino de inmolación que lanzaban las víctimas de las cortes marciales; los mexicanos muertos con el *inri* infamante de bandidos; los pueblos quemados, las mujeres violadas, los niños sin padres por culpa de aquella intervención francesa que yo había contribuído á traer y á sostener...

Todavía duraba la impresión que aquello había producido, cuando mi compañero siguió diciéndome:

— Buen sujeto este Arteaga, pero... tiene tantos peros!... Su carácter es de fiera; no reconoce amigos ni admite observaciones, ni consiente que le objeten nada cuando ha dado una orden... Es honrado, es patriota, es valiente, tiene á veces buenos rasgos; pero, en cambio, señora, ¡qué prontos gasta, qué mal humor el suyo!... Y luego, que

tiene tres enemigos formidables: el primero es las heridas que recibió en Acultzingo, que todavía le supuran como si se las hubieran dado hace una semana, impidiéndole moverse aunque sea media vara sin gritar y renegar un gran rato... Veces ha habido que se nos pierda sin que logremos hablarle y que á las dos ó tres horas demos con él metido en el fondo de un bosque, donde está acompañado de un asistente que le pone hilas y unguentos por mayor... El segundo enemigo es la epilepsia, que le hace caer en esos ratos de furia que nos traen tantos disgustos... El tercer enemigo es su gordura, que no le consiente subir en caballo ni mula que no estén bien probados de soportar cargas formidables: trae siempre consigo una mula que le llaman Superior y en la cual hace á duras penas jornadas cortísimas. Un hombre así ¿puede emprender grandes marchas, perseguir á un enemigo, huir, moverse rápidamente?... Ya le hemos dicho que renuncie el puesto, que se cure, que procure disminuir de peso; mas él sigue erre que erre en que aquí le han puesto y que aquí tiene que estarse... Es tal el inconveniente de la gordura, que la noche del ataque de Jiquilpan, cuando había caído muerto Ornelas, y gravemente herido Rioseco, las tropas se desbandaban y los zuavos prisioneros volteaban nuestras piezas, Arteaga apenas conseguía que le izaran como si fuera una masa inerte en la consabida mula, que varias veces estuvo á punto de caer con el peso...



La reunión estaba próxima á disolverse; la tarde avanzaba á más andar; reinaba un silencio tristísimo en medio de aquella asamblea de bulliciosos y de truhanes acostumbrados á recibir los azares de la suerte con la sonrisa en los labios... A mitad del camino nos cogió la noche y regresamos á Uruapan, cayendo y levantando; vimos pasar á todo vuelo á una golondrina retardada que pare-



cía el gavilán de un estoque que fuera á clavar su hoja fina y punzante en el cuerpo de una víctima lejana; oímos un lamento de Arteaga y la risa franca y sana de Salazar, que al parecer celebraba algún cuentecillo verde:

— ¿Y qué hizo el cura?... ¡Pues se lució el maldito ensotonado!

Al llegar á nuestra casa, don Germán estaba de mal humor y no auguraba cosa buena de la reunión:

— ¡Pero qué maldito capricho de ir á entristecer los

festejos con esas tonterías!... Para llorar, el cementerio... Y luego, los tales indios que parece que les pagan... ¡Ir á soltar aquella salmodia, ó responso, ó vigilia cuando apenas empezaba la alegría! Se necesita mucha oportunidad para eso.

A los cuatro días el temido ejército se deshizo como la sal en el agua: llegaron nuevas de la aproximación de Méndez, y el general en jefe dispuso el fraccionamiento de las tropas, pues Uruapan no prestaba seguridades ningunas para resistir. Sería las tres de la tarde cuando las columnas que estaban destinadas á distraer la atención de los imperialistas, salieron de Uruapan más bien con aspecto de derrota que con visos de triunfo. Don Germán iba con la que tomó el camino de Tancítaro, la cual marchaba á las inmediatas órdenes del general en jefe. Llovía á cántaros y el camino debía de estar hecho un solo y único lodazal. El viejo Olivos se envolvió en sus mangas de hule, se despidió de doña Lorenza con el mimo apasionado de un tortolito que está en la luna de miel, abrazó á Eugenia, á Miguelín se lo comió á besos y á mí me estrechó la mano: á todos nos hizo la mar de recomendaciones sobre lo que debíamos hacer y lo que debíamos evitar; qué actitud tenía que ser la nuestra en presencia de los mochos, y cómo importaba que yo utilizara mi calidad de dama de honor de la Emperatriz para evitarme vejaciones y volver á México.



— No sé por qué, me insinuó suavemente, pero malicio que las cosas de usted no andan bien por la corte de nuestros gentiles monarcas... Eso de que el apoderado se haya dado maña para convertir en reales las librancitas que le entregó Jecker; eso de que ninguno de los dos, el cuñado y el... representante, se preocupen de saber si llegó usted ó no llegó á su destino ni qué zopilotes se la comieron y en el fondo de qué barranca, me da muy mala espina, muy mala espina... no tengo por qué ocultárselo.

— ¡Don Germán siempre tan escéptico!

— Don Germán siempre tan precavido, dirá usted. ¡Ah, Josefina! cuando usted haya visto las picardías que yo he visto, de seguro que no será tan confiada como ahora... Los viejos somos siempre desconfiados.

— Ya verá usted cómo se engaña.

— Y ya verá usted cómo me alegraré de ello... Pero, adiós, adiós.

Y se alejó á galope tendido, haciendo vibrar las herraduras de su caballo melado en las guijas de la calle.

No había transcurrido media hora cuando oímos nuevo tropel de caballos; tan cerca estaba de la salida de don Germán, que nos figuramos que volvía el licenciado en busca de algo que le hiciera falta. No había tal; era una descubierta de jinetes conservadores que pasaba á galope tendido rumbo á Tancítaro.

La inquietud de mi hija y de su suegra no tuvo ya lí-





Se pusieron á rezar magníficas, rosarios y deprecaciones...

mite alguno. Se pusieron á rezar magníficas, rosarios y deprecaciones á todos los santos, mientras yo me entretenía en jugar con el chiquillo, que era lo más gracioso y lo más tunante del mundo.

Aquí debo dejar sentadas dos cosas, á riesgo de que las señoras de juicio y arraigo que me lean se horroricen y me pongan de desnaturalizada, masona y chinaca, que no haya por donde cogerme: la primera es que me dolió ver á la pobre Génie vuelta una reproducción cabal de doña Lorenza, con todas las preocupaciones de devoción ñoña, de pudibundez insignificante, de apego á los tenamastes del hogar que caracterizan á la mujer de don Germán y á todas las mujeres mexicanas. Será eso tener mucha bondad de espíritu, ser una excelente ama de casa; pero la verdad es que á mí no me peta. Una muchacha tan linda, tan bien educada, teniendo por todo horizonte el pueblo de Uruapan, era cosa que no me cabía en el juicio. No había duda; Génie era Olivos, Olivos clavadita, porque de Ubiarco no tenía ni pizca.

Lo otro que deseaba confesar era que mi niéto (pues la llegada del que me había anunciado el licenciado narigudo de Morelia era falsa, por fortuna) que mi niéto, digo, no me llegó á inspirar ese entusiasmo, esa chochez que los hijos de sus hijas les producen á las abuelas de romance. El chiquillo me pareció gracioso, entendido y de buena índole; sentía placer en hacerle mimos y carantoñas, pero